

mientras la inquietud perdurable, los desasosiegos connaturales al combate diario, las hieles derramadas en todo el cuerpo suyo por los insomnios, el recelo de morir sin mostrar cuanto había de cierto en sus fines y de fundado en sus esperanzas, daríanle un aspecto diabólico, al cual alzaríanse alrededor suyo aprensiones tantas y tristezas tales, que le huirían como á un apesado y á un leproso las gentes, creyendo ver la desgracia y la maldición en su sombra.

CAPÍTULO VIII.

AMORES DE COLÓN EN CÓRDOBA.

YENDO á Huelva el infeliz, y á Sevilla, y al Puerto, y á Córdoba, crecería su desasosiego con lo nómada y errático de su vida, como con el aumento de los años y de los desengaños, aumentaríase lo intenso de su desesperación hasta constituir semejante afecto, capitalísimo en él, una segunda naturaleza ó complexión. Así, llamaba con doblados golpes á todas las puertas conforme iba temiendo que se le abriesen las pesadas é inevitables de la eternidad y lo encerrarán en el perdurable silencio con su desconocido secreto. Bajo tal superstición, expedía emisarios, importunaba conocidos y deudos, iba en pos de cuantos marinos habían bogado un tanto lejos de las costas, requería de los pilotos más expertos noticias y de los frailes más reclusos ideas, en una exaltación vecina de la demencia y acrecentada por el discurso de sus años, muy de prisa corrientes hacia la cercana vejez. Quizás la tristeza lo hubiera consumido, y á la muerte arrastrado con seguridad, de no haberlo poseído pronto la pasión de las pasiones: el amor, ese amor de la madurez, menos desordenado é intenso por sus apariencias que los amores de la juventud, pero mucho más poderoso y de mayor influjo sobre las varias virtualidades del alma y

sobre los diversos modos del ser. Imposible que Andalucía, el suelo predilecto de todos los amores, no llegara tarde ó temprano á fascinar su espíritu é impelerle hacia el edén cuando apenas contaba entonces cuarenta y nueve años más ó menos cumplidos, y en la soledad triste de su alma necesitaba otra con que comunicarse, y en la inquietud constante de sus nervios algún seguro donde allegar indispensable reposo. El amor es lo único en que la realidad vence á la imaginación. El amor es lo único en que la vida consigue una completa calma. El amor es lo único que trae olvido á las penas, calmante á las inquietudes, sosiego á las zozobras, ilusiones al desierto de las tristezas humanas, esperanzas al seno de la desesperación. Por eso aquellos más empeñados en los oficios que tienen su fin en la guerra, y que por lo mismo necesitan de los esfuerzos del odio, aparecen á una por todas las edades como los más prontos y los más dispuestos á rendir su albedrío al amor. Los griegos, tan profundamente filósofos en el simbolismo de sus mitos y en la significación de sus mitologías, presentaban á Marte y Venus, la guerra y el amor, como los dioses más unidos en las cumbres del Olimpo. Quizás por eso el tipo esencialmente guerrero, el tipo feudal, lleva, como su lanza en la cúa, como su coraza en el pecho, como su casco en la cabeza, como su espada en el cinto, su mujer en el alma. Y lo que pasa con los guerreros, pasa también con los navegantes. El poema de las navegaciones antiguas ha puesto en cada palpitación de las ondas una sirena bellísima; en cada escollo de los arrecifes una Circe amorosa; en cada recodo de las playas amigas una Leucothea hospitalaria; en cada regreso al hogar una Penélope fiel y amante destinada por el cielo á curar los dolores infligidos á los nautas por el azote de las tempestades y de las tormentas. Vagando el marino á la continua por calles como las calles de Córdoba, y viendo tras las rejas y las celosías ojos de mujer como los ojos andaluces, cuyas miradas le penetrarían seguramente hasta lo más recóndito del alma, ¿qué mucho si lo sojuzgó por completo el amor? Lo cierto es que la

casualidad ejerce grandísimo influjo en una vida errante, como las recomendaciones y cartas escritas desde uno á otro punto por sendas familias, no poco hacen; y así Colón trabó amistad con los Enríquez y Aranas, todos de bien antigua prosapia y de bien escasa fortuna. Y en la casa intimado ya, prendóse de una joven, á quien debemos imaginar tan inteligente como hermosa; y prendado de esta joven, los lazos de flores por ella tendidos á su cuello y los bálsamos por ella puestos en su herida, debieron en Córdoba retenerlo y para nuestra patria guardarlo contra tantos arrebatos de su natural desesperación como le arrojaban de nuestra patria y le impelían en pos de otros Estados y Gobiernos capaces de prosperar sus planes. Lo cierto es que desde la fecha del 85 año de aquella centuria, en que llegó á España, hasta la fecha del 92, en que á su primer gran viaje se partiera, Colón estuvo en Sevilla, y en Cádiz, y en Huelva, y en Lisboa; pero permaneció más tiempo que en parte ninguna, en Córdoba. Bajo aquel cielo de luz; á la sombra de su hermosísima sierra, donde se juntan los alminares con los campanarios y las blancas azucenas con los verdinegros cipreses; entre los patios aromados de azahar y los miradores embutidos de azulejos; oyendo el eco de la guzla sarracena, todavía no extinto, y aspirando el amor diluído en los suspiros, que parecen los espíritus de las sultanas; el inmortal piloto amó; y este amor, enardecido por la intensidad increíble de la pasión amorosa en las mujeres andaluzas, no solamente lo retuvo en la tierra tantas veces maldecida por sus desengaños dolorosos, y le conservó una vida tantas veces odiada en los desastres de sus empeños y en el desvanecimiento de sus esperanzas, sino que lo encadenó al hispano suelo, y entre nosotros le retuvo, para que fuese uno de los mayores nombres en los anales de nuestras glorias.

La escuela ultramontana europea, en su empeño de hacer lo natural sobrenatural y lo humano divino, ya lo recordamos, propúsose acreditar de revelación milagrosa el descubrimiento colombino y poner á su autor en la corte celestial. Mas los

amores de Cristóbal Colón y Beatriz Enríquez Arana la molestaban en este objeto, por aparecérsese como amores no santificados por el sacramento eclesiástico, ni legitimados por las leyes civiles. Esta contrariedad hace del santo infalible, impecable, iluminado por las celestiales revelaciones, puesto sobre la humanidad en apologías y panegíricos sin fin, un hombre, como los demás, exaltado á las alturas de una gloria inextinguible por la claridad de su inteligencia y por la fuerza de su voluntad. Pero esta convicción, bebida en todas las historias y en todos los papeles del tiempo, no conviene á los ultramontanos, necesitados de levantar el hallazgo de Colón á las alturas de una verdadera maravilla milagrosa. Y no sabiendo cómo componérselas para salir del apuro, han casado á los amantes en muerte, ya que no quisieron ó no pudieron ellos en vida casarse. Y los han hecho esposo y esposa legítimos. Las costumbres del Renacimiento autorizaban mucho en aquellos siglos, tan ensalzados por nuestra reacción, esta especie de matrimonios naturales, como los deseados por los partidarios modernos del amor libre. Clases y tribus no reconocidas en la severa contextura moral de nuestros Códigos reconocíanse con suma frecuencia en aquellas leyes. No hay sino registrar los cuadernos de nuestras Cortes y los artículos de nuestros Códigos para tropezar á cada paso con las mancebas, por ejemplo, y barraganas de los curas. Junto á las dinastías de los hijos, engendrados en legítimo enlace, veíanse las dinastías de los bastardos. La corona de Portugal se forjó para una rama de esta clase. Los dos reyes, á la sazón reinantes en España, D.^a Isabel por su padre Juan II de Castilla, y el marido por su padre Juan II de Aragón, provenían de los Trastamaras, habidos en D.^a Leonor de Guzmán por D. Alfonso el Onceno, de ganancia, como se decía entonces al fruto de la generación ilegítima. Fernando el Católico llevaba en el sitio de Granada junto á sí el buen D. Juan de Aragón, su hermano, proviniente del amor de su padre á una hermosa judía. Casas ilustres de toda ilustración y nobles de toda nobleza provenían

del amancebamiento de arzobispos muy venerados con barraganas muy obscuras. El pontífice Alejandro VI promovía toda suerte de dificultades á los gobiernos laicos, en el empeño de buscar alianzas poderosas á los hijos suyos sacrílegos, de cuya madre se hablaba en Roma como pudiese hablarse de cualquier princesa ó reina ungida por el cielo mismo y consagrada santísima esposa por un católico matrimonio. Las familias más poderosas de Italia, familias con corona y reino, como los Estes, bebían los vientos por alianzas matrimoniales con Lucrecia Borgia. Cuando mató á su hermano Rodrigo, Duque de Gandía, por envidia que le tuviera y por alzarse desde los principados eclesiásticos á los principados civiles, César Borgia, señoras tan castas como nuestra reina Isabel escribían al Papa el pésame por la muerte de su hijo, como si trataran de lo más vulgar y ordinario y admitido y usual. Así eran las costumbres en tal edad. Beatriz y Colón vivieron amistados ilegítimamente. Y en tal amistad ilegítima tuvieron un hijo, á quien llamaron Fernando, venido al mundo cuatro años después de la llegada del padre á España. Y un hermano de Beatriz acompañaba de continuo á Colón. Y doblas de Beatriz y de su familia sirvieron para mantener los gastos necesarios á la preparación del plan extraordinario. Y sobre las carnicerías de Córdoba compró censos el piloto, así que mejoró en fortuna, de cuyos rendimientos debía mantenerse la manceba. Y hasta en los acuerdos testamentarios de la segunda generación se tropieza con arreglos de cuentas atrasadas en los tratos entre las dos familias, y del pago de maravedís por estas misteriosas causas debidos, pero no satisfechos. Y amigos de Colón, como el P. Las Casas, tan ortodoxos y tan severos, hablan del bastardo Fernando por medio de reticencias y de insinuaciones que no dejan espacio ninguno á vacilaciones y dudas en la calificación de los amores entre Colón y Beatriz habidos. Así, acredita el concepto de que la pasión de las pasiones en Colón fuera ésta, el silencio guardado y el apartamiento tenacísimo por algunos meses, en el trascurso de

los cuales no se ocupa en su magna obra y no recuerda su divino ministerio. Mientras, durante la estancia en Portugal, de parte con los maestros de Segres, visita los archipiélagos vecinos á Lisboa, consulta con los pilotos consumados, corre Guinea é Islandia en las zonas glaciales y en las zonas ardientes, habla con los reyes, importuna los ministros á diario, se escribe con Toscanelli, se arriesga de continuo á todo, en cerca de dos años no da señal de vida entre nosotros, cual si le faltase tiempo de saborear una dicha tan grande como la encontrada en Córdoba, y se perdiese en esta florescencia tardía del otoño de su vida, cual un mozo enamorado in experto en el goce de unos primeros amores, que de todo enajenan el alma, concentrada sobre los deliquios de una bienaventuranza sin medida y sin término. Después, cuando las satisfacciones de aquel amor trajeron un hijo, y el afecto paterno y materno al hijo trajeron la cura y vigilia de su destino y suerte, joven aún el corazón, avivada la fantasía por los rayos de unos ojos amantes y amados, encendida la sangre por los suspiros de la pasión, exaltada la fe por las creencias compartidas con la mujer amada, el deseo de lucro y de gloria, y hasta de penitencia, nuevamente agujonearon al profeta y lo impelieron á granjear aquellos mares y aquellos cielos que ofrecer al Dios de sus padres y al hijo de sus entrañas, en la mezcla de creencias piadosas y gustos pecaminosos que caracterizaron á los héroes del Renacimiento, y que constituían algo del carácter de aquellas generaciones.

CAPÍTULO IX.

COLÓN ANTE LOS NOBLES ANDALUCES.



Los italianos del Renacimiento, por su reconocida superioridad intelectual sobre los Estados centrales, aparecían, doquier se presentaban, como aparecen los griegos en todo el Oriente, como guías y maestros de los mismos á quienes, por súbditos ó esclavos, estaban sometidos y sujetos. Así ejercían influencia en Lisboa, en Sevilla, en donde quiera que un centro de ideas ó un centro de contrataciones fijaba la general actividad. Y no hay duda en lo arriba expuesto: ellos, y sólo ellos, facilitaron las relaciones del piloto con los grandes señores á quienes todos consideraban verdaderos soberanos andaluces. Hacía bien el piloto acercándose al Guzmán que reinaba en aquella sazón sobre los dominios comprendidos bajo el común denominador del título de Medinasidonia. En el vocabulario de un hombre tan fuerte no debía constar la palabra imposible. Su voluntad rebosaba de todo límite. Allí donde ponía el deseo, ponía la mano. Coronas sin número estaban amontonadas á sus pies férreos, más que sobre su cabeza, coronada ya de sobra por el casco feudal. Pechos múltiples, tributo de siervos innumerables, henchían sus arcas, las cuales contaban además con el suplemento casi diario de los despojos consigui-